

fué verdaderamente un deplorable suceso. Cuarenta personas se ahogaron, y únicamente se salvó un pobre carnicero, que nadó hasta que el aliento le abandonaba.

» Esta tristísima noticia llegó á nuestro cortés rey, el cual cerró los oídos á todo consuelo; pues quedaba sin hijos que le sucediesen en el reino; este tocó, pues, al hijo de su hermana, como es sabido. »

La historia de Santo Tomas de Cantorbéry, luego que se hizo popular, fué hermozeada por tradiciones; una de estas, que no rechaza ni aun la historia, alude al matrimonio de su padre Gilberto Becket.

Suzeta Pye.

El jóven Beichan habia nacido en Lóndres, deseaba mucho ver países extranjeros; pero cayó en manos de un Moro salvaje, el cual le trató muy cruelmente.

Vió las costumbres de aquel país, y la religión que allí se profesaba; mas nunca quiso Beichan doblegar la rodilla ante Mahoma y Termigante.

Por eso en cada hombro le abrieron un agujero; introdujeron en estos dos palos, y le obligaron á arrastrar el vino y las especias con el delicado cuerpo. Le arrojaron en lo mas profundo de una mazmorra, donde ni oír ni ver podia, y le tuvieron encerrado allí siete años, de manera que estaba próximo á morir de hambre.

Este Moro tenia una hija única llamada Suzeta Pye, y todos los dias, cuando salia á pasear, pasaba junto á la cárcel de Beichan. Era buena, afable y cortés, aunque hija de padre tan perverso, y suspiraba con frecuencia, sin saber la causa, por el que yacía en la mazmorra.

Entretanto, acaeció un dia que oyese al jóven Beichan cantar con tristeza, y desde entónces resonaron siempre en sus oídos las palabras de aquel infeliz

« Mis perros vagan sin dueño; mis halcones vuelan de árbol en árbol; mi hermano heredará mis campos. ¡No te volveré á ver, hermosa Inglaterra! »

Los tristes sonidos subterráneos iban á morir de un modo lastimero en los oídos de Suzeta; pero aunque los oía repetir mucho, ninguna otra palabra pudo sorprender.

Toda la noche se encontró mal, pensando en el canto del jóven Beichan. Sustrajo las llaves ocultas bajo la almohada de su padre, marchó á la torre, abrió las puertas, y creó que tuvo que pasar por dos ó tres ántes de llegar adonde el jóven Beichan estaba encerrado tan cuidadosamente.

Cuando llegó á la presencia del jóven Beichan, este se quedó atónito al verla; y creyéndola alguna hermosa prisionera, le dijo: « Bella dama, ¿ de dónde sois? »

— ¿ Poseéis tierras y castillos en vuestro país (le preguntó ella) que podáis ofrecer á una hermosa dama por haberos libertado de una dura cárcel? »

— Cerca de la ciudad de Lóndres poseo una casa y además dos ó tres castillos, y todos los daré á la hermosa dama que me saque de esta cárcel.

— Alargadme vuestra mano, en prenda de la promesa que me hacéis de que durante siete años no os casaréis con ninguna mujer fuera de mí.

— Os alargo con libre voluntad mi mano en prenda de que durante siete años permaneceré sin mujer por el tierno afecto que ahora me mostráis. »

Ella amansó al carcelero con brillante oro y moneda blanca; obtuvo las llaves de la dura prision, y puso en libertad al jóven Beichan. Le dió á comer queso aromatizado, y á beber vino tinto, intimándole que pensase alguna vez en ella, que tan generosamente le habia libertado.

Se quitó del dedo un anillo, lo rompió, y entregó á Beichan la mitad: « Guárdalo en memoria del amor que te profesa la mujer que te ha sacado de la prision. Pon el pié en un buen barco; y apresúrate á llegar á tu patria; y ántes que se cumplan los siete años, vuelve, amor mio, y tómate por esposa. »

Mucho ántes de que se cumpliesen los siete años, Suzeta se propuso volver á ver á su amado, porque una voz le repetía en el fondo de su corazón: Beichan ha faltado á su voto. Se embarcó, pues, y se alejó de su patria.

Navegó hácia Oriente, navegó á Occidente, hasta que llegó á la hermosa Inglaterra. Allí avistó á un pastor que apacentaba en la llanura su rebaño.

« ¿ Qué hay de nuevo? ¿ qué hay de nuevo, buen pastor? ¿ qué noticias vas á darme? »

— Noticias, ¡ oh señora! que no han tenido nunca iguales en este país. Allá abajo, en aquella casa hay una novia que espera hace treinta y tres dias; el jóven Beichan no quiere dormir con ella por amor á una dama que habita al otro lado del mar. »

Suzeta metió la mano en el bolsillo, y dió al pastor oro y plata: « Toma, pastorcillo, en recompensa de las buenas nuevas que me has dado. »

Estando ya junto á la puerta del jóven Beichan, llamó ligeramente y el portero abrió al momento y la introdujo.

« ¿ Es esta la casa del jóven Beichan? Está ahí el noble señor? — Sí, está en casa con todos los demas, y este es el dia de su boda. »

— ¡ Ay! ¿ se ha casado, pues, con otra amante? ¿ Me ha olvidado! ¡ Ay! decía sollozando la doncella ántes tan alegre. Yo hubiera querido no salir de mi país. »

Y tomó el anillo de oro que habia roto un dia en su contento amoroso, diciendo: « Dad

esto al esposo, buen portero, y suplicadle en mi nombre que venga á hablarme. »

Cuando el portero se presentó delante de su amo, dobló la rodilla. « ¿ Qué se te ofrece, mi buen portero, que estás tan lleno de cortesía? »

— Soy vuestro portero hace treinta y tres años; pero ahora se encuentra á la puerta una señora, cuya igual no he visto nunca. Lleva un anillo en cada dedo, y tres en el del medio; su frente está adornada de tanto oro que bastaría para comprar un condado. »

Habló entónces la madre de la esposa, mujer áspera y colérica: « Podáis haber exceptuado á nuestra buena esposa, y dos ó tres mas de nuestra compañía. »

— Si no moderáis vuestra lengua, madre de la esposa, os creeré loca. Es diez veces mas bella que la esposa y que cuantas mujeres hay en esta sala. No os pide sino un pedazo de pan blanco y una copa de vino tinto, y os recuerda el amor de la doncella que os puso en libertad.

— ¡ Oh dia feliz! exclamó Beichan, pues que aun no me he casado contigo. No puede ser otra que Suzeta, la cual ha atravesado el mar en alas de mi amor. »

Bajó aprisa las escaleras, salvando quince escalones en tres pasos; estrechó á su amante entre los brazos, y la besó tiernamente.

« ¡ Ah! ¿ os habéis casado con otra? ¿ me habéis olvidado? ¿ habéis olvidado á la que os volvió la vida y la libertad? »

Hablando así, inclinó la cabeza sobre el hombro izquierdo para ocultar las lágrimas en que tenia arrasados los ojos. « ¿ Cómo estás, jóven Beichan? dijo ella. Trataré de no pensar mas en ti. »

— ¡ Oh! no; de ningún modo, Suzeta Pye; eso es imposible. No tomaré otra esposa que á ti, á ti que tanto has hecho y á tanto te has atrevido por mi amor. »

Entónces la esposa precedente salió y dijo: « Señor mio, ¿ ha cambiado ya vuestro afecto? Esta mañana era vuestra esposa, y elegís otra ántes de medio dia. »

— ¡ Oh! tened la lengua. No os resultará ningún mal de haberme conocido; pues os enviaré á vuestro país con un dote doble. »

En seguida cogió la blanca mano de Suzeta y la acompañó galantemente arriba y abajo; y besando sus rosados labios, le dijo: « Sed la bienvenida, ¡ oh mi tesoro! á vuestra casa. »

Tomó su mano blanca como la leche, y la condujo á la pila bautismal, donde mudó su nombre de Suzeta Pye, y su buen amante la llamó Doña Juana.

En las canciones inglesas se trata ménos de política que de litigios domésticos, de guerras, de amor, y mas aun de la caza; la cual, siendo pasión de los Sajones, y habiéndola reservado Guillermo al Conquistador á los barones; unia al atractivo de tal ejercicio el estímulo de la prohibición. Así, pues, los que no querían so-

meterse á la dura ley del Conquistador, huían al bosque, y desde allí desafiaban las prohibiciones y las leyes. Su tipo fué Robin Hood, esto es, Roberto de los bosques, que con una banda vivía en las selvas de Sherwood; y de las baladas á él alusivas pertenecientes á varias épocas y caras aun á los amantes de las selvas y de la caza, se compuso un tomo entero. La siguiente es una de ellas:

Cuando el bosque está brillante, hermosa la yerba, y anchas y largas las hojas, es grato pasear por la espesura, y oír los gorjeos de los pajarillos.

El mirlo cantaba sobre una rama, con tal fuerza que despertó á Robin Hood en el bosque donde estaba echado.

« Á fé mia (dijo el noble Robin) esta noche he tenido un sueño. Soñé con dos robustos lugareños que debían combatir conmigo cuerpo á cuerpo. »

» Me pareció que me vencían, me ataban y me quitaban mi arco. Como me llamo Robin Hood, no dejaré este mundo sin haberme vengado. »

— Los vientos son ligeros (observó Giannino) (1), amo el viento que sopla en la colina. Si el viento sopló esta noche mas fuerte que nunca, mañana puede estar en calma.

— ¡ Arriba, pronto, mis valientes! Giannino me acompañará. Voy allá abajo á buscar á esos bravos lugareños en la verde selva donde están. »

Dicho y hecho; vistiéronse sus ropas verdes, tomó cada uno su arco, y se adelantaron para cazar en la selva, hasta llegar á un matorral donde por lo comun les era grato detenerse.

Allí vieron un robusto lugareño apoyado contra un árbol: llevaba al costado una espada y una daga que habian muerto muchas personas, y estaba envuelto en un manto que le cubría la cabeza.

« Permaneced aquí, amo (dijo Giannino), á la sombra de un árbol, mientras yo voy á preguntar á ese membrudo lugareño qué se le ofrece. »

— ¡ Ah, Giannino! me has faltado al respeto, y lo extraño. ¿ Cuándo he enviado yo delante á los míos, quedándome atrás? Si no fuese por el miedo de romper mi arco, ¡ oh Giannino! te rompería la cabeza. »

Estas palabras excitaron la cólera de Giannino, el cual se separó de Robin y partió para Barnesdale. Conocía todos los senderos, y cuando llegó á Barnesdale, experimentó un gran dolor, pues halló á dos de sus camaradas muertos sobre la yerba; y á Scarletto que huía á pié al traves de despeñaderos, de árboles, de piedras; porque el terrible sherif le iba á los alcances con ciento cuarenta hombres.

« Dispararé (dijo Giannino), y con la ayuda de Cristo haré que ese sherif que corre tan aprisa, se detenga. »

(1) Giannino es el compañero perpétuo de Robin Hood.

Y Giannino tendió el arco, preparándole á fin de tirar; pero el arco era de madera frágil, y cayó roto á sus piés. « ¡Mal hayas, ho maldita madera! la mas maldita que ha nacido de árbol. Eres mi ruina hoy que deberias ser mi socorro. »

La flecha partió sin fuerza, pero no inútilmente, pues alcanzó á uno del séquito del sheriff, y Guillermo Treut cesó de vivir.

Mejor hubiera estado á Guillermo Treut descansar en un lecho muy duro, que yacer aquel dia en la verde alfombra del bosque para servir de blanco á la flecha de Giannino.

Pero como suele decirse, cuando los hombres vienen á las manos, cinco valen mas que tres. El sheriff no tardó en apoderarse de Giannino, y le ató á un árbol.

« Serás arrastrado por la llanura y ahorcado en la colina. » Giannino respondió: « Puede que te equivoques, si Cristo lo permite. »

No hablemos mas de Giannino, y pensemos en Robin Hood. Dirigióse al robusto lugareño que estaba á la sombra del matorral.

Buenos dias, amigo (dijo Robin). — Buenos dias, amigo, respondió el lugareño. Por ese arco que llevas en la mano, se me figura que eres un buen arquero. He perdido el camino y la mañana.

— Yo te guiaré al traves de los bosques, buen camarada (dijo Robin).

— Busco á un bandido (observó el otro), que se llama Robin Hood: preferiria cogerte á un regalo de cuarenta libras esterlinas.

— Ven conmigo, vigoroso noble, y verás pronto á Robin. Pero antes divertámonos bajo estos verdes árboles; hagamos en el bosque algun ensayo de nuestra habilidad. Tenemos probabilidad de encontrar aquí á Robin dentro de un instante. »

Cortaron dos ramas de zarza que sobresalian en un matorral y las entretijieron para que sirviese de blanco á sus flechas.

« Principia tú, camarada (dijo Robin). — No por cierto, amigo mio (respondió el otro); tú serás mi guía. »

Robin tiró primeramente, y su flecha quedó clavada un dedo apenas distante del hito. El hombre era buen arquero; mas no pudo hacer otro tanto. Al segundo tiro dió en la guirnalda; pero Robin le aventajó, pues traspasó la rama de enmedio.

« Bendito seas, amigo (dijo el lugareño). Si tu fuerza hubiese sido tan buena como tu mano, valdrias mas que Robin Hood: Dime ahora tu nombre bajo las hojas del bosque. — No, á fe (contestó Robin), hasta que no me hayas dicho el tuyo. — Habito en el valle, y he jurado prender á Robin; y cuando me llaman por mi nombre, me dicen Guido de Gisborn. — Pues yo vivo en el bosque (añadió Robin) y me llamó Robin Hood de Barnesdale, el mismo á quien has buscado tanto tiempo. »

Cualquiera que no hubiese sido pariente ni amigo de ninguno de los dos, habria gozado

en verlos encontrarse con las centelleantes espadas y en contemplar cómo combatieron dos horas de un dia de verano, etc., etc.

Al fin, el lugareño fué muerto, y el bandido salió del bosque llevándose la cabeza de Guido de Gisborn; por último, mató al sheriff, y libertó á Giannino de la horca. Es, en suma, el triunfo de la fuerza sobre la ley, del contrabandista contra los dependientes de justicia.

#### Muerte de Robin Hood.

Robin Hood y Giannino llegaron á una pendiente vestida de maleza. « Muchas cargas de dardos hemos lanzado (dijo Robin); pero ya no me siento capaz de lanzar uno solo. Mis flechas no volarán mas. Una prima mia habita al pié de esta altura. ¡Quiera Dios que consienta en sacarme sangre! »

Robin bajó al monasterio de Kirkley lo mas aprisa que pudo; pero ántes de llegar, le acometió un vivo dolor. Cuando estuvo junto al rico monasterio, cogió el aldabon de la puerta y llamó con fuerza: la prima de Robin se apresuró á introducirle:

« ¿Queréis sentaros, primo Robin? ¿queréis beber conmigo de nuestra cerveza? — No; no comeré ni beberé hasta que no me haya sangrado. — Bebed. Tengo un cuarto que no conocéis; venid y os sangraré en él. »

Le condujo con su blanca mana, haciéndole entrar en una estancia oculta, y allí sangró al valiente Robin, abriéndole la vena del brazo; luego cerró la puerta, y la sangre estuvo saliendo todo el dia, y continuó así hasta la mañana siguiente.

Robin vió entonces una ventana, por la cual se figuró poder huir; pero estaba demasiado débil para saltar ó para bajar. Se acordó entonces de su trompa de caza que estaba á sus piés, y llevándola á sus labios pálidos, sopló en ella tres veces débilmente.

Giannino, que estaba sentado bajo un árbol, la oyó: « Me temo (dijo) que mi amo esté en peligro de muerte; ¡tanta es la languidez de ese sonido! »

Y al momento corrió al monasterio de Kirkley, rompió dos ó tres cerraduras, echó abajo la puerta, llegó junto á Robin y cayó á sus rodillas. « ¡Oh amo mio! (exclamó) te pido una gracia. »

— ¿Qué gracia es esa, Giannino?

— La gracia de pegar fuego al monasterio de Kirkley con todas sus monjas.

— No, no (respondió el valeroso Robin), no te concederé esa petición. Mientras he vivido, jamás he atacado una mujer, ni á un hombre que la acompañase; nunca he ofendido á una doncella; y Robin Hood morirá como ha vivido. Pero dame mi arco tendido, que quiero lanzar una flecha.

» Donde caiga esta flecha, allí abrirás mi se-

pultura: colocarás un césped verde sobre mi cabeza y otro á mis piés.

» Á mi lado pon mi arco tendido; el arco cuyo silbido fué para mí la mas grata armonía. Haz mi sepulcro de tierra y yerba, á fin de que este monumento sea tan sencillo como mi vida.

» Y que tenga el tamaño suficiente para que el caminante se pueda sentar en él y decir: Aquí reposa el valiente Robin Hood. »

Le prometieron que se ejecutarían sus órdenes y Robin murió contento. El héroe fué sepultado en el sitio que habia elegido, junto al hermoso castillo de Kirkley.

Johnson, crítico y poeta bastante clásico, decía que daria todas sus obras por haber compuesto la balada de la Caza de los bosques de Cheviot (*Chevi-Chase*), de la cual citamos solo una pequeña parte:

¡Dios conceda larga posteridad á nuestro rey, y vele sobre su vida y nuestra salud! Se dió una caza, una caza funesta, hace tiempo, en los bosques de Cheviot.

El conde Percy se puso en camino para perseguir al gamo con la jauría y la trompa. El valeroso conde de Northumberland hizo voto ante Dios que se divertiria durante tres dias de verano en los bosques de Escocia, y que mataria los mejores ciervos que hubiese en las negras landas de Cheviot, y se los llevaria.

La noticia llegó á oídos del conde Douglas en Escocia, donde habitaba, y envió á decir al conde Percy que estorbaria sus alegres proyectos. El Inglés, despreciando el aviso, marchó al bosque con mil quinientos arqueros escogidos, que en caso necesario sabian dirigir las flechas al objeto mas distante.

Los generosos lebreles siguieron con impetu las huellas del ciervo selvático. Se principió la caza el lunes, ántes de amanecer, y mucho ántes de medio dia habian matado ya cien soberbios gamos...

El conde Douglas, sobre un caballo blanco como la leche, se adelantaba á su comitiva, á fuer de baron intrépido; su armadura resplandecía cual si fuese de oro. « Decidme (preguntó), de qué gente sois, vosotros que cazáis aquí con tal descaro, y sin mi licencia perseguís y matáis á mi gamo favorito. »

El primero en contestarle fué el noble Percy: « No queremos, ni declararnos, ni decirte qué gente somos; pero estamos prontos á derramar nuestra sangre mas cara á trueque de matar tus mejores gamos. »

Douglas entonces profirió un juramento solemne, y lleno de cólera exclamó: « Ántes de que yo sea insultado de semejante modo, uno de los dos perecerá. Te conozco bien: eres conde, lord Percy; yo tambien soy conde... »

Los dos valientes condes se encontraron al cabo, como dos capitanes de gran poder; se atacaron como dos leones en el fondo de las selvas, y se dieron cruel batalla.

Combatieron con sus espadas de acero templado, hasta que nadaban en sudor, hasta que sintieron su sangre caer, como gotas de lluvia.

« Ríndete lord Percy (gritó Douglas). Te conduciré bajo mi palabra, y Jacobo, nuestro rey, te hará avanzar rápidamente: yo perdonaré generosamente tu rescate, y diré de ti que eres el mas valeroso caballero que he visto.

— No, Douglas (respondió Percy): desprecio tus ofertas; no quiero rendirme á ningún Escocés de los nacidos hasta hoy. »

Á estas palabras, un dardo agudo, partido de un arco inglés, abrió en el corazon de Douglas una profunda y mortal herida, y el conde no profirió mas que estas palabras: « ¡Seguid combatiendo, nobles vasallos míos! Lord Percy no me ve caer, sino porque el término de mi vida ha llegado. »

Y espiró. Percy tomó la mano del muerto, y dijo: « Conde Douglas, quisiera haber perdido mis dominios, y que estuvieses aun lleno de vida. ¡Oh terror! mi corazon se desgarró al verte tendido en la yerba; porque de seguro la desdicha no ha abrumado á caballero de mayor fama. »

En esta otra mas moderna, se pintan otros sentimientos:

« Yo atravieso en mi abandono la montaña y la laguna, vago con los piés desnudos, y me oprime la fatiga. Mi padre ha muerto; mi madre es pobre, y echa de ménos dias que no volverán.

» ¡Piedad de mí, corazones generosos y humanos! El viento está frio, y la noche se aproxima. Dadme por caridad algun alimento para mi madre; dadme un poco de bienestar, y me iré.

» No me llaméis ociosa, mendiga, descarada. Yo quisiera aprender á hacer medias y á coser; tengo dos hermanos en casa, y cuando crezcan, trabajarán con valor.

» ¡Oh vosotros que estáis alegres, libres y sin inquietud, defendidos del viento, bien vestidos, bien alimentados! ¡Pensad, si la fortuna cambiase, en lo terrible que sería mendigar de puerta en puerta un pedazo de pan! »

Esta pertenece á la coleccion de baladas hecha por Løv-Weimars. Se sabe que, ademas de las anónimas, han compuesto muchas Walter Scott, Southey, Campbell y Moore. La cancion está dotada á veces de una ironía que raya en la crueldad, á causa de la facilidad con que en aquel país se pasa del culto á la profanacion de la virtud.

Dos cuervos estaban posados sobre un árbol: uno de ellos dijo: « ¿Dónde comeremos hoy? »

— Detras de este matorral (contestó el otro). He divisado el cadáver, aun fresco, de un caballero. Nadie en el mundo sabe que está allí, sino su halcon, su perro y su dama. Su perro

fué á cazar; su halcon persigue á los pajarillos, y su dama ha elegido otro esposo.

» Podemos, pues, tener un opíparo banquete. Tú te fijarás en el hueso blanco de su cuello; yo le arrancaré los ojos azules, y despues tomaremos un mechón de sus cabellos rubios para nuestro nido, si se endurece.

» Muchos fingirán sentir su muerte en el mundo; pero nadie tratará de averiguar su paradero, y el viento soplará siempre sobre sus ojos emblanquecidos. »

Muchas veces tambien en otras lenguas los animales aparecen como maestros de moral; así sucede en este canto griego citado por Fauriel:

Una Hebreá segaba y estaba en cinta; de tiempo en tiempo segaba y sentía los dolores.

Apoyóse en la gavilla; dió á luz un niño de oro, y se puso el delantal para ir á ahogarle.

Una perdiz la encontró y le dijo: « ¡Insensata perra, hebreá inicua, inmunda! Yo tengo diez y ocho polluelos y padezco para alimentarlos, ¡y tú tienes un niño de oro, y quieres ahogarle! »

Entre las canciones griegas, otra se parece á la antes citada, mostrando por una parte el deseo de la vida, cual lo mostraba ya Aquiles en la Odisea, y por la otra el pronto olvido que aguarda al que muere:

¡ Dichosos los montes! ¡ Felices las montañas, que no esperan la muerte, que no temen morir! El verano les da rebaños, el invierno nieves.

Tres valientes quieren quebrantar la clausura del abismo: uno dice que saldrá en mayo, otro que en el estío, el tercero en el otoño, cuando se esté cosechando la uva.

Una jóven de cabellos rubios les habló así en el mundo de los muertos: « Llevadme tambien á mí, ¡ oh valientes amigos! al mundo sereno.

— Jóven, hacen ruido tus vestidos, tus cabellos silban, se oye el golpe de tus tacones, y la muerte advertirá nuestra fuga.

— Yo me quitaré los vestidos, cortaré mis cabellos, y dejaré el calzado de tacon en la escalera. Llevadme, ¡ oh valientes amigos! llevadme tambien á mí al mundo de arriba; dejad que vaya, y vea á mi madre, la cual se aflige por mí; dejad que vaya y vea á mis hermanas, las cuales lloran mi ausencia.

— Jóven, tus hermanas danzan en el baile; jóven, tu madre parlotea en la calle. »

#### § 11. CANTOS ESCOCESSES.

Las canciones de Escocia son mas breves y vivas, y de color mas cargado, de diálogo mas dramático que las inglesas. Se usaron mucho en el último siglo en contra del gobierno y á

favor de los Estuardos; Gil Christ, James Hogg y Allan Cunningham recogieron muchas.

Para indicar la usurpacion de la casa de Brunswick se decía: « El gato subió al nido del águila, se comió los huevos y maltrató á la madre; pero, ¡ ay del ladron cuando el padre vuelva! »

Y contra el rey Jorge: « ¿ Habéis visto á Giordio Welps con su buena esposa? ¿ Habéis visto á su majestad Giordio á caballo en un ganso? »

Y otras veces: « Jacky (nombre familiar del rey Jacobo) fué á Francia con lady Montgomery; han ido á aprender á bailar: Madama está pronta. Luego vendrán llenos de fuerza, con armas, frescos y hermosos; Dios les asista cuando bailen su danza con Giordio. »

Y al promediar el siglo, como creciesen las esperanzas, cantaban: « El viento sopla de la tierra que amo, y por intervalos eleva las pardas olas. Buscad al hijo en el valle; pero buscad allí tambien al real Carlino (el príncipe Carlos): diez mil espadas saldrán de las vainas, y sus golpes serán profundos y mortales: el poder de los Gordon, el orgullo de los Erskine vivirá y morirá con Carlino. El sol se levanta resplandeciente; el mar ruge á lo léjos; rara es hoy la flor de lis.

» Si yo fuese ave, si tuviese alas con qué volar, atravesaría los mares para ir á ver á las personas que amo. Y diría una alegre nueva á alguno que me es muy querido, y me posaría en la ventana del rey para cantar allí mi melodía. La serpiente está en el nido del cuervo, oculta bajo la nidada, y la bocanada de viento que ha de llevarse esta, arrojará en nuestras costas á nuestro buen rey. Soplad, pues, á Levante; soplad á Poniente; soplad, ¡ oh vientos! sobre la espumosa llanura; conducid al que mas amo, y á uno que no me atrevo á nombrar. »

Despues, cuando la batalla de Culloden destruyó las últimas esperanzas, la elegía expresaba de este modo su sentimiento:

« Había una jóven en Inverness, alegría de toda la ciudad; era viva como la alondra en el tallo de una flor, cuando deja el nido por la primera vez.

» En la iglesia, ganaba el corazón de los ancianos; en el baile, atraía las miradas de los jóvenes: era la mas alegre entre los alegres, en los mercados y en la procesion.

» Cuando yo pasaba por Iverness, el sol de verano iba á ponerse, y allí vi á la doncella, que recorría la ciudad sollozando.

» Los hombres de los cabellos blancos salían todos al camino, y las mujeres de edad avanzada gritaban: ¡ Qué triste espectáculo! La flor de los jóvenes de Inverness yace en la sangrienta llanura de Culloden.

» Ella se arrancaba los brazaletes de oro, y sus hermosos ojos se inundaban de lágrimas: ¡ Ah! mi padre ha perecido en Carlisle, la sangrienta; en Pseston yacen mis tres hermanos.

» Yo creía que mi corazón no podría sufrir

mas, que mis lágrimas estuviesen ya agotadas; pero de repente la muerte de otro me rompió el corazón, de otro que amaba mas que á ninguno.

» El día antes me habia jurado darme tres prendas de boda; ahora descansa en brazos de la sangrienta guerra para no pensar mas en mí.

» Las flores del bosque serán mi lecho; mi alimento las semillas silvestres; las hojas que se caen cubrirán mi helado cuerpo, porque no quiero volverme á despertar. »

Esta otra balada escocesa recuerda las cacerías peligrosas:

#### Jonas de Breadisle.

Una mañana de mayo, Jonas se levantó y pidió una palangana para lavarse las manos. « Soltad las cadenas de hierro que sujetan á mis fieles lebreles. »

Al oír esta orden, la madre de Jonas se torció las manos abrumadas de disgusto. « ¡ Ah! Si te es cara la bendicion de tu madre, Jonas, no entres en el bosque. No te falta ni pan de trigo ni buen vino; así, no vayas á exponerte por la caza miserable. Jonas, te lo suplico, no pases el umbral. »

Pero Jonas preparó su arco, escogió una á una sus flechas, y entró luego en el Durrissdeer para cazar el gamo salvaje.

Al bajar al Merriemass, divisó un gamo echado bajo un matorral. Disparó una flecha, y el gamo se levantó y huyó; le habia herido en un costado, y los perros se apoderaron de él entre la costa y el río.

Jonas descuartizó el gamo, le extrajo los pulmones y el hígado, y sus perros se regalaron como hijos de conde, bebiendo tanta sangre y comiendo tanta carne que al fin se echaron sobre la yerba medio dormidos con Jonas.

Un anciano labriego acertó á pasar por el bosque; ¡ mal haya mil veces! y corrió hácia Hislinton donde estaban los siete guardas.

« ¿ Qué vienes á decirnos, labriego de los cabellos blancos? — Vengo á decirlos lo que acabo de ver con mis propios ojos. Bajaba del Merriemass, cuando vi tendido á la sombra de los matorrales de espino blanco á un hermoso jóven, que dormía rodeado de sus perros. Su camisa es de lienzo fino de Holanda; su vestido del mejor paño; los botones de la manga de luciente oro, y sus perros tenían la cola ensangrentada. »

El jefe habló entonces y dijo: « Sin duda es Jonas de Breadisle; ningun otro se aproximaria tanto. »

El sexto guarda dijo á su vez: « Si es Jonas de Breadisle, morirá á nuestras manos. »

Á la primera descarga de flechas, los guardas hirieron á Jonas en la rodilla. Entonces el séptimo guarda dijo: « Una sola flecha nos le acabará. »

Jonas apoyó la espalda contra una encina, el pié en una piedra, y mató á los siete guardabosques, exceptuando á uno solo. Pero á este le rompió tres costillas y la clavícula, despues le atravesó sobre un caballo, y le dijo que llevase sus noticias á casa.

Un estornino voló hácia la ventana de su madre, y empezó á cantar, siendo el estribillo de su canto: Jonas tarda mucho.

Tomaron una rama de madroño, otra de manzano silvestre, y fueron en mucho número á traer á Jonas. Entonces su anciana madre lloró amargamente.

» ¡ Ah! yo te habia suplicado, hijo mio, que no fueses á cazar. Muchas veces he llevado á Breadisle grandes riquezas; pero nunca he vuelto allá tan melancólica conduciendo un tesoro. »

¡ Mal haya mil veces el anciano labriego! Un día recibirá su merecido en la punta del árbol mas elevado de las orillas del Merriemass.

Hoy el arco de Jonas está roto; sus fieles perros no existen ya; su cuerpo reposa en Durrissdeer, y su caza ha concluido.

En la que sigue se advierte mas la rapidez y el vigor escoces:

#### Maxwell.

« ¿ Adónde vas, anciano labriego enfermo, y qué objeto te lleva hácia allá? — Valiente soldado, voy á la colina para hacer cambiar de pasto á mi rebaño. »

El anciano labriego enfermo dió dos ó tres pasos con toda la ligereza de un jarrete vigoroso.

« Veo que eres un viejo robusto: ¿ quieres enseñarme el camino? »

Y anduvo con el anciano labriego enfermo á la grupa hasta el extremo del bosque. « Desmontadme ahora, y desmontaos vos tambien, fuerte soldado, pues no es posible ir mas léjos á caballo. »

El soldado tiró de la brida del caballo y se lanzó de un salto al suelo. Su vestido era encarnado, con adornos de bellotas de oro.

Entonces el anciano labriego arrojó su sayo, se quitó el gorro, y resultó ser el jóven Maxwell que sacó á relucir la formidable espada.

« Tú has asesinado á mi padre, infame Soutron; tú has degollado á mis tres hermanos; tú has despedazado el corazón de mi única hermana, á quien amaba como á la niña de mis ojos.

» Saca tu espada teñida aun con la sangre de mi familia. Esa espada ha cortado la mas preciosa flor que el sol ha visto...

» Este golpe mortal es por mi anciano padre; estos dos por mis hermanos; este en el corazón por mi única hermana, por la hermana que amaba como las niñas de mis ojos. »